

## PRESENTACIÓN

## LOS SUICIDAS EN LA LITERATURA

La muerte suele advertirse, por legos y sabios, como el supremo misterio de la vida. Nada sabemos qué hay después del morir. De ahí que Wittgenstein señalara: “la muerte no se vive”, es decir, la muerte es un hecho que no concierne a la vida. Tal fórmula le permitía a Tomás Segovia advertir que si la muerte no es un hecho de la vida, entonces, somos inmortales, muy a pesar de las evidencias. Inmortales, claro, hasta que dejamos de serlo. Roland Barthes apuntaba que, a diferencia del lugar común, casi siempre nos sentimos inmortales; eso lo escribía poco antes de morir atropellado por una furgoneta. Un misterio pareciera reservado a la condición humana, pues por más que sea un enigma el modo de pensar de los otros seres vivos, no pareciera concebible su expectativa en ninguna otra de las especies, más que en la humana: la inquietud frente al umbral de la vida. Como si el cavilar acerca de nuestro propio fin fuese un ejercicio recurrente y obsesivo que, al hacerse evidente su proximidad —una enfermedad terminal o la propia decadencia corporal— se acendrará el monólogo de su adivinanza.

El artista suele ver este drama o comedia en etapas con una certeza en la que se ven reflejadas las esperanzas de la condición humana. Así, en la cinta de Bergman, *El séptimo sello*, la vida es simbolizada por una partida de ajedrez, del protagonista con la muerte, cuyo único propósito al jugar es extender el misterio y, tal vez, la salvación de la especie. En *El Quijote*, más que nada, vemos a la muerte, a la muerte de su personaje, como la tarea cumplida. La muerte, entonces, adquiere sentido sólo si la vida lo tuvo y es digna de contarse en un libro, como después acotaría Mallarmé. En Chesterton, al inicio de uno de sus ensayos, encontramos la frase paradigmática: “Hasta un mal tirador se dignifica aceptando un reto”, que es un modo de explicar la aventura quijotesca, pues el personaje cervantino acomete, sin miedo, una empresa para la que nunca estu-

vo preparado, de ahí surge su enorme dignidad, el sabernos débiles y aun así “aceptar el reto”. Sobre el escritor irlandés, quien se santiguaba antes de comenzar a escribir, escribía Borges en el prólogo a una selección de relatos de aquél: “muriendo en una isla del Pacífico y ‘cantando como un pájaro canta en la lluvia’”.<sup>1</sup> Se canta porque nos pertenece el canto, pero no el morir: porque el canto prevalece muy a pesar de la muerte. De ahí que algunas y algunos escritores hayan querido, además de cantar, elegir su muerte, es decir, su modo de morir, antes de que ella los eligiera a ellos.

Así, Virginia Woolf, llenó de piedras sus bolsillos, para evitar las contrariedades de una duda final, y se lanzó al mar, lo mismo que Alfonsina Storni y Concha Urquiza (esta última, junto con su compañero, en las playas de Ensenada). En su célebre poema “El suicida”, Borges nos lo propone como una de las aventuras más extraordinarias posibles, pues no sólo es acabar con uno, sino con el universo mismo, pues no hay más realidad que la que subsiste en cada uno de nosotros:

No quedará en la noche una estrella.  
No quedará la noche.  
Moriré y conmigo la suma  
del intolerable universo.

La muerte de Sor Juana Inés de la Cruz puede verse como un suicidio, como su respuesta ante la confiscación de sus instrumentos musicales, de sus libros y de la posibilidad de escribir —la posibilidad, al menos, de cantar bajo la lluvia—, consecuencia de una ciega revancha clerical, cuyo sentido último fue más allá de ella misma y de su época, pues supuso la desaparición del ensayo como género, y aun del pensamiento crítico entre nosotros; el ensayo que ella, sin saberlo, había inventado en la Nueva España y que sólo vuelve a aparecer en México hasta bien entrado el siglo XIX y, con fuerza, hasta el siglo siguiente. Y por otra parte, la muerte de Ramón López Velarde fue vista por sus cercanos, nos cuenta José Gorostiza, como un verdadero suicidio, afrontado en una especie de delirio de quien crea un último canto antes de abandonar la morada del tiempo y espacio terrenales.

<sup>1</sup> Jorge Luis Borges, “Prólogo” a Gilbert Keith Chesterton, *El ojo de Apolo*, Madrid, Siruela, 1985, p. 9.

De modo que no siempre, entre los escritores, el suicidio ha sido visto como consecuencia de un desplome emocional, de crisis existencial. Quizás porque, como ninguna otra tarea emprendida por la especie, la tarea del escritor se ofrece bajo leyes prometeicas de saber crear vidas ficticias y sus circunstancias, al modo de quien descubre la cábala de la creación universal, en donde, “el albedrío de negar la vida es casi divino”, como alegara el citado López Velarde, en la cifra de sus propias decisiones.

En el presente volumen de *Tema y Variaciones de Literatura* 40, con distintas perspectivas, se razona alrededor del suicidio de escritoras, escritores y personajes literarios. Así, encontramos la percepción de un Nerval (elevada cumbre del Romanticismo) y sus dilemas ante el Aqueronte, el río de la muerte, del que ya no regresaría triunfante, en el que sueño, locura y esa otra vida que era la muerte se juntan; sobre Teresa Vera, poeta mexicana del siglo XIX, a quien los dones de la poesía no se le dieron, con unos lectores más interesados en su hábito por las cerillas; la elección por los bienes de una naturaleza feraz y sublimada, antes que por los de la civilización, remedo imperfecto de aquélla, que hacía el uruguayo Horacio Quiroga hasta que el cianuro se cruzó por su camino; el fin de época y el extravío existencial del austriaco Stephan Swift en medio de las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial; la muerte temprana del colombiano Andrés Caicedo, quien sentía que a los 25 años los adultos ya apestan; los dilemas de Sigmund Freud y su médico ante la muerte asistida, como un hecho racional cuando la vida ya no se vive; la muerte como un encuentro con la gloria del propio sable, de Mishima, que no es sino sometimiento de la vida al imperio de una voluntad más que férrea, estos y otros estudios que procuran revelarnos los misterios de aquellos que decidieron adelantar el final de la partida de ajedrez con la muerte: “Dios mediante, cuando uno quiera y no cuando Él lo disponga”, como expresa perspicaz alrededor del tema, Eduviges Dyada, personaje de Juan Rulfo, son el río de tentativas que corren y se abisman por y en el presente volumen de artículos y ensayos que componen *Tema y Variaciones de Literatura* número 40.

CARLOS GÓMEZ CARRO